JOAQUÍN AZNAR y EDUARDO HARO

Mi querido amigo

JUGUETE CÓMICO EN DOS ACTOS

el segundo dividido en dos cuadros, en prosa, original



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1919



MI QUERIDO AMIGO

45

MI QUERIDO AMIGO

JUGUETE CÓMICO

en dos actos, el segundo dividido en dos cuadros, en prosa

ORIGINAL DE

JOAQUÍN AZNAR y EDUARDO HARO

Estrenado en el TEATRO CÓMICO, de Madrid, el 12 de marzo de 1919

MADRID
R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana 11 dup.
TELÉFONO, NÚMERO 551
1919

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
VALENTINA........................	Loreto Prado.
TOLITA..............................	Sra. Franco.
CARMENCITA.....................	Srta. Carreras.
MIRALLES........................	Enrique Chicote.
INOCENCIO........................	Sr. Soler.
MATEO..............................	Ponzano.
PUIG..................................	Castro.
CRISANTO.........................	Delgado.
LEONARDO........................	Manso.
VICENTE............................	Peinador.

Dos mozas de pueblo

La acción en un pueblo de la provincia de Madrid.—Epoca actual

ACTO PRIMERO

En las afueras del pueblc. A la izquierda, fachada de la casa con la puerta y una ventana practicables. A la derecha, una mesita y sillas y butacas de jardín. En el fondo, arboleda y un trozo de carretera. Comienza la acción a la caída de la tarde de un día de primavera.

ESCENA PRIMERA

VALENTINA e INOCENCIO

INOC. (Por el segundo término de la derecha, con aspecto de resignado, un paraguas debajo del brazo y cargado con buen número de paquetes.) ¡Como un burro! ¡Cargado como un burro! Y así todos los días. ¡Y que se haya casado uno para esto!

VAL. (Por la casa.) Va a hacerse de noche, y ese hombre sin venir.

INOC. ¡Mi mujer! (Se oculta detrás de unos árboles.)

VAL. (Muy excitada y con grandes voces.) ¡Inocenciooo! ¡Inooo...!

INOC. (Con voz débil como si contestase desde lejos.) ¿Quéeeee?

VAL. ¡Ah! ¿Pero estás ahí?

INOC. (Con la misma voz débil, que parece llegar de lejos.) ¡Sí!...

VAL. No hagas tonterías, Inocencio; no hagas tonterías, que no está el horno para bollos. Estoy nerviosísima.

INOC. (Aparte.) Prevengámonos.

VAL. ¿Puede saberse por qué has tardado tanto?

INOC. ¡Ah! ¿Pero he tardado mucho? ¡Hombre, muchas gracias! No tienes en cuenta que el pueblo está muy lejos. Además, me has hecho multitud de encargos. Mira cómo vengo.

VAL. Y se te habrán olvidado la mitad de las cosas.

INOC. Creo que no. Toma: los caramelos con que procuras endulzarte; han subido. (*Le va dando paquetes.*) Los bizcochos y el jerez para el pobre enfermo; han subido.

VAL. Se está poniendo la vida imposible.

INOC. Completamente imposible. (*Sigue entregándole paquetes. Dándole unos céntimos.*) Y aquí tienes la vuelta.

VAL. (*Devolviéndole los céntimos.*) El pico para ti.

INOC. Gracias, pichona. Toma, toma también el paraguas. Completamente inútil. Hace un día de toros.

VAL. Pues yo presiento la tormenta, la siento, la masco. Parece que la llevo dentro de mí.

INOC. Trae, trae el paraguas. (*Aparte.*) Por si acaso.

VAL. Y es que a veces me asaltan unas ideas tan crueles, que me soliviantan y me ponen fuera de mí. Que no me quieres; que nunca me has querido; que te has casado conmigo por los cochinos cuatro cuartos que me dejaron mis padres... (*Lloriqueando.*) ¿Por qué no seré una pordiosera, una de esas mujeres de «contigo pan y cebolla», que tan felices son?

INOC. Valentina, por Dios, no pienses tonterías. Precisamente no hay un hombre más enamorado ni más rendido que yo. (*Sentándose.*) (Como que estoy hecho cisco. Cinco kilómetros de ida al pueblo y cinco de vuelta.)

VAL. Así te quiero.

INOC. Muchas gracias. Pero otra vez debes mandar a uno de los criados para hacer los infinitos recados que se te ocurren.

VAL. ¿Y qué ibas a hacer entonces? ¿O es que te has casado conmigo para darte buena vida?

INOC. ¡Mujer!...

VAL. Tienes que ocuparte de mis cosas, como yo me ocupo de las tuyas. Mira cómo me he acordado de los bizcochos y el jerez para el pobre enfermo. (*Dejando ambas cosas sobre la mesita.*) Tu, en cambio, habrás olvidado, que hoy es sábado.

INOC. (¡Toda la semana pensando en este día y se me iba a olvidar!) ¡Qué buena eres! Y si vieras cómo agradece el infeliz estas pruebas de piadoso cariño! ¡Pobre amigo mío, qué malito está! Chica, si le vieses, te asustabas. Un espectro. Los huesos y la p.el, y ésta ya se le está agujereando.

VAL. ¡Oh, qué horror!

INOC. El pobrecillo me estará esperando impaciente, contando las horas, los minutos, aguardando con ansias de moribundo los bizcochos y el jerez. (Gimoteando.) Perdona. No puedo remediarlo. Me conmuevo.

VAL. Y yo, al verte tan altruista.

INOC. Altruista, tú, Valentina, ángel de piedad, corazón de oro.

VAL. Estate quieto, que pueden vernos.

INOC. ¡Si no me muevo!

VAL. (Cerciorándose de que no hay nadie en la huerta.) Ahora, ahora que estamos solos.

INOC. (No hay más remedio.) (Abrazándola.) ¡Uy!...

VAL. Inocencio, por Dios, contén tus ímpetus, que me espachurras el cucurucho. (Por uno de los paquetes que le dió Inocencio. Marchándose por la casa.) ¡Me quiere, me quiere! Sin dos pesetas yo, él sería lo mismo: llama, fuego, volcán... (Sale.)

ESCENA II

INOCENCIO y MATEO

INOC. (Dejándose caer en una butaca.) Me ha dejado hecho una pavesa. ¡Es mucha mujer esta!

MATEO (Por la derecha. Es el médico del pueblo.) ¡Hola! Aquí vengo a desahogar mi odio, mi rabia, mi furia; a hablar mal de mi mujer.

INOC. ¿A hablar mal de tu mujer? A tu disposición, querido Mateo. Siéntate. Expansionémonos. Ya sabes que es un tema que domino. ¿Has terminado la visita de tus enfermos?

MATEO No he podido hacerla. Mira qué cara traigo.

INOC. Mala cara.

MATEO Pues nada más que dos bofetadas que me ha largado mi mujer.

INOC. ¿Tolita? ¡Qué abuso! ¡Pegar a su marido!... ¡Eso es un abuso de confianza!... ¿Pero cómo ha sido eso?

MATEO (Acción de pegar.) ¡Pin! ¡Pan! Como quien lava. Y todo porque le he dicho que necesitaba algún dinero. ¡Tiene un carácter insufrible!

INOC. Como la mía.

MATEO Yo, siquiera, con mi profesión de médico, puedo salir de mi casa, expansionarme, visitar a los enfermos, y a las enfermas, sobre todo a las enfermas, y esto representa unas horas de libertad, de verme libre de mi mujer; pero tú, ni eso. Eres un esclavo, un pobre encadenado, un infeliz.

INOC. Hombre, Mateo, no tanto. Uno tiene su ingenio, ¡qué demonio!, y se busca martingalas, ¡qué diablo!

MATEO ¿Martingalas? ¿Qué dices? ¿Qué martingalas son esas?

INOC. ¿Estamos solos? (Vuelve la cerciorarse de que no hay nadie.) Nunca te dije nada, porque temía una indiscreción; pero no quiero seguir pasando a tus ojos por un infeliz. ¿Prometes guardarme el secreto?

MATEO ¡Caramba! ¿Qué pasa, de qué se trata? Me pones en cuidado.

INOC. (Desenvolviendo el paquete de bizcochos que hay sobre el velador.) ¿Ves estos bizcochos?

MATEO (Comiendo uno.) De soletilla.

INOC. Pues estos bizcochos significan mi libertad, mi independencia, mi felicidad. (Con misterio.) Son para Leonardo.

MATEO (Dejando precipitadamente el resto del bizcocho que se estaba comiendo.) Hombre, haberlo dicho.

INOC. (Siempre con misterio.) ¿Tú sabes quién es Leonardo?

MATEO (Recordando.) ¿Leonardo, Leonardo?... No caigo... ¿Quién es Leonardo?...

INOC. Leonardo es la Dominga.

MATEO ¿Qué dices, hombre? ¿Y quién es la Dominga?

INOC. Leonardo.

MATEO Bueno, que te den una ducha, porque estás de remate.

INOC. Conque loco, ¿eh?... Pues que no me curen esta locura, porque me va muy bien con ella. Busqué el nombre de un amigo ausente, del que mi mujer me había oído hablar

muchas veces: Leonardo Gutiérrez, que se fué a América hace muchos años y que en América sigue; hice creer a Valentina que Leonardo había regresado a España enfermo, hecho una calamidad, casi en las últimas, y que sin familia el pobre, completamente solo en el mundo, se había instalado en un sanatorio de Madrid.

MATEO (Frotándose las manos.) ¡Vaya inventiva! ¡Eres un comediógrafo!

INOC. Mi mujer, que cuando no se trata de mí tiene un corazón de oro, se compadeció desde el primer momento del pobre Leonardo, y ella misma es la que me incita a que vaya a verle, a que le cuide, a que le acompañe!

MATEO ¡De primera!... ¡Vaya punto!...

INOC. Total: que todos los sábados por la noche mi mujer me da dinero para el viaje... ¡y además una botella de Jerez y una libra de bizcochos para el pobre enfermo!

MATEO ¡Magnífico! Lo que te digo. ¡Eres un comediógrafo!

INOC. Yo tomo el tren, me traslado, en efecto, a Madrid, donde reside la Dominga: en la calle de Cabestreros; no te digo nada; caigo en sus brazos, y hasta el lunes, que regreso compungido, contándole a mi mujer horrores del estado del enfermo.

MATEO Me dejas pasmado. ¡Desde el sábado por la noche hasta el lunes por la mañana!...

INOC. Libre, feliz e independiente, entregado al amor de la Dominga.

MATEO ¡Menudo descanso dominical!

INOC. Bueno, eso del descanso es un decir: ¿para qué voy a contarte?... Tú sabes que estas cosas del amor con batas vaporosas son inenarrables. ¡Figúrate! (Con alegría.) Hoy es sábado, ¿sabes?

MATEO Sí, y mañana domingo.

INOC. Esta noche... (Imitando el pito del tren.) ¡Piiii!... A Madrid a casa de la Dominga.

MATEO De rechupete. Esa aventura tuya es un cuento semanal.

INOC. Pero un cuento semanal con cada apoteosis que es el delirio. (Con gran regocijo.) ¡Y mi mujer creyéndome al lado del moribundo!

MATEO (También muy regocijado.) ¡Magnífico! ¡Al lado del moribundo! ¡Menudo vivo estás hecho!

(Quedando un momento pensativo.) Una idea: ¿por qué no me llevas esta noche a Madrid?

INOC. (Dándole un cachetito.) ¡Tunante!

(Los dos se ríen.)

MATEO Después de todo, Leonardo también puede ser amigo mío.

INOC. Leonardo, sí; pero la Dominga...

MATEO (Dándole un cachetito.) ¡Guasón!

(Vuelven a reírse los dos.)

INOC. Pues mira, tiene la Dominga una vecinita que... ¿A ti te gustan las castañas?

MATEO Me las como crudas.

INOC. Yo las aso... Es una chica muy mona. Habla un poco *sopas*; pero no es un defecto; al contrario, le hace gracia.

MATEO Me gustan las *sopas*. Es cosa decidida; esta noche me voy contigo a ver al pobre Leonardo. ¡Se acabó la esclavitud!

INOC. Muy bien dicho. ¡Que se fastidien nuestras mujeres! ¡No nos hace falta su amor!

MATEO ¡Ni su dinero!

INOC. Hombre, tanto como eso...

MATEO ¡Menuda noche nos espera!

INOC. Y menudo domingo de toros!

MATEO (Cogiendo un bizcocho.) No me digas nada. ¡El delirio! (Ofreciendo el bizcocho a Inocencio y riendo como un tonto.) Y habrá aquello de «este mordisquito para ti.»

(Inocencio se come de un bocado medio bizcocho.)

INOC. ¡Definitivo! (Ofreciendo otro bizcocho a Mateo.) Y aquello de «ahora muerdes tú.» (El otro se lo zampa de un bocado.)

MATEO «Y ahora tú.»

(El mismo juego. Siguen comiéndose los bizcochos, riendo con la boca llena, con gran regocijo, gozando lo indecible.)

ESCENA III

DICHOS y CRISANTO, tipo de labrador adinerado, por el segundo término de la derecha

CRIS. (Que se ha detenido un momento presenciando las tonterías de Inocencio y Mateo.) Buen provecho.

INOC. (Atragantándose.) (¡Crisanto!)

MATEO (Envolviendo precipitadamente los bizcochos que quedan.) (¡El hermano de Valentina!)

INOC. (Ofreciendo a Crisanto el bizcocho que tiene en la mano.) ¿Un bizcochito?

CRIS. No me hacen gracia los bizcochos.

MATEO Pues a nosotros nos hacen mucha gracia. ¿Verdad, Inocencio?

CRIS. Sí; ya lo he visto.

INOC. Es que me decía Mateo que él era capaz de comerse una libra a la «pata coja». ¿No es gracioso? ¿A que tú también te ríes?

CRIS. Ya sabes que yo no me río nunca. ¿Y mi hermana? Vengo a hacerla compañía, porque supongo que esta noche, como sábado, te irás a Madrid.

INOC. ¡Hombre, claro! Ya estará esperándome impaciente el pobre Leonardo.

MATEO Yo también voy a verle. Me ha enterado Inocencio de la triste situación del amigo de la infancia, y quiero llevarle el consuelo de mi amistad. ¡Pobre Leonardo!

CRIS. ¡Pobrecillo! Pues por mi no se detengan ustedes.

MATEO Yo voy a prevenir a mi mujer. (Y a sacarle dinero para el viaje.)

INOC. No tardes. El tren sale dentro de poco.

MATEO Bueno. Hasta luego. En seguida estoy de vuelta. (Se va por el segundo término de la derecha.)

INOC. Yo también voy a prepararme para la excursión.

CRIS. Sí; anda, anda, no se te haga tarde.

INOC. Con tu permiso.

CRIS. Dile a mi hermana que estoy aquí.

INOC. Al momento saldrá. (Entra en la casa.)

ESCENA IV

CRISANTO y VALENTINA, saliendo de la casa

VAL. ¡Crisanto! ¿Qué es eso? Traes mala cara.

CRIS. Mala cara y malas intenciones. ¿Cómo estamos hoy de nervios?

VAL. Los tengo desatados.

CRIS. Pues átalos, amárralos bien amarrados. ¿Tienes tila en casa? Que te hagan una taza bien cargada.

VAL. ¡Acaba, Crisanto, acaba!

CRIS. No he empezado.

VAL. ¡Pues empieza, Crisanto, empieza!

CRIS. Vengo de Madrid.

VAL. ¡Dios mío! ¿Es que ese desdichado Leonardo ha pasado a mejor vida? ¡Pobre Inocencio! ¡Qué golpe va a recibir!

CRIS. Y que voy a ser yo el encargado de dárselo. He estado en Madrid; he recorrido todos los sanatorios, y en ninguno de ellos existe ningún Leonardo.

VAL. ¿Qué dices? ¿Qué dices?

CRIS. Lo que oyes. Inocencio se burla de ti, se burla de mí. ¡Nos engaña!

VAL. ¿Estás en tu juicio?

CRIS. Yo tenía la mosca detrás de la oreja, y hoy decidí conocer la verdad. Por algo sospechaba yo. El recurso del amigo enfermo está muy desacreditado. Valentina, hermana mía, pobre hermana mía, eres víctima de la explotación y de la burla de tu marido.

VAL. ¡Ay, Crisanto, yo me muero!

CRIS. ¡No; eso, no. No hagas esa tontería. Todo menos proporcionar una satisfacción a Inocencio.

VAL. De manera que... ¡Le mato!

CRIS. Por ahí, por ahí vas mejor.

VAL. ¡Pero esto es inaudito! Siempre a vueltas con Leonardo: «El pobre Leonardo», «El infortunado Leonardo», «El moribundo Leodardo.» Pero ¿dónde está Leonardo? ¿Quién es Leonardo?

CRIS. Un ser imaginario. Un fantasma. Una martingala con la que tu marido nos está tomando el pelo.

VAL. Con la que se burla de mí.

CRIS. Y de mí. Nos ha tomado por juguete de sus caprichos. A ti te ha tomado por una «pepona».

VAL. Y a ti por un «kiriki». ¡Ah! Pero nuestra venganza será terrible.

CRIS. Eso corre de mi cuenta. (Con misterio.) Lo tengo todo preparado. El pez será pescado hoy mismo; el pajarraco será cazado esta misma tarde. Todo está dispuesto; un plan maravilloso; no tienes necesidad de matarle, porque se morirá del susto.

VAL. ¿Qué intentas, Crisanto?

CRIS. Confía en mí. No estás sola. Tu hermano vela por ti. Y ahora, mucha tranquilidad,

mucha calma, mucho disimulo. Que no advierta el infame tu excitación. Muéstrate con él cariñosa.

VAL. ¡Imposible!

CRIS. Esfuerza tus delicadezas con el amigo enfermo; mándale algo más que los bizcochos de costumbre; algún extraordinario.

VAL. ¡Estricnina!

CRIS. Y despide a tu marido con mucho cariño.

VAL. ¿Pero crees que voy a dejarle marchar?

CRIS. Tú le despides cariñosamente, que de lo demás me encargo yo. Precisamente en el momento de la partida de Inocencio y de su amigo Mateo, porque hoy, para mayor placer de la venganza, le acompaña el sinvergüenza de Mateo, ¡zas! la bomba.

VAL. ¿Una bomba?

CRIS. Explosiva. Todo lo tengo admirablemente dispuesto. La mecha está encendida.

VAL. Pero ¿qué te propones?

CRIS. Castigar una felonía; acabar de una vez con las martingalas de los amiguitos moribundos. ¡Ah! La venganza va a ser de las que hacen época. ¡Engañarme a mí! ¡Tratar de engañarme a mí! ¿Y quién? Un señorito hambriento de Madrid. (Riendo.) ¡Ja, ja, ja!... ¡Pues no hace falta nada para engañarme a mí! (Entra en la casa.)

VAL. ¡Engañarme! ¡Qué infame! ¡Tomarme por juguete de sus caprichos! (Rompiendo a llorar.) ¡Tomarme por una «pepona»! (Llorando a gritos.) ¡Qué horror! ¡Por una «pepona»!

ESCENA V

VALENTINA y TOLITA

TOL. (Por el segundo término de la derecha, llorando a gritos, haciendo «el dúo» a Valentina.) ¡Ay, Valentina de mi vida!

VAL. ¡Tolita de mi alma!

(Se abrazan y sollozan a un tiempo.)

TOL. ¡Qué desgraciada soy!

VAL. ¡Y yo! ¡Yo también soy muy desgraciada!

TOL. Mi marido es un monstruo.

VAL. Todos los maridos son unos monstruos.

TOL. Pero Mateo es más monstruo que ninguno, (Sollozando.) ¡porque me ha pegado!

VAL. ¿Qué dices? ¿Que te ha pegado? ¡Pero eso es inaudito!

TOL. ¿Tú sabes para qué se ha casado Mateo conmigo?

VAL. Para practicar el boxeo.

TOL. Para gastar y triunfar y divertirse a mi costa. Ese hombre sólo tiene en su matrimonio una aspiración.

VAL. Sí, la de todos: enviudar.

TOL. Arruinarme. Y hoy, ahora mismo, porque le he negado unas pesetas y le he dicho que tenía la mano rota, ¡zas!, me ha dado dos bofetadas.

VAL. ¡Y decías que tenía la mano rota!

TOL. Quiere marcharse de viaje y pasar el domingo fuera. (Suspirando.) ¡El día que me dedicaba enterito! No sé qué historia me ha contado de un amigo americano.

VAL. Una historia china. Tu marido y el mío se van a Madrid, con el pretexto de un enfermo que no existe, a divertirse.

TOL. ¿Y qué hacemos, Valentina?

VAL. Lavarnos los ojos para que no noten que hemos llorado, disimular mucho y preparar algunas cosillas para que se las lleven de nuestra parte al enfermo imaginario.

TOL. ¿Pero vamos a dejarles marchar? ¡Eso no puede ser!

VAL. Confía en mi hermano. Crisanto es el que ha descubierto la felonía, el que está al cabo de la calle de todo. El tiene un plan, y a nosotras sólo nos toca seguir sus instrucciones. Confiemos en él. Me ha dicho que todo lo tiene preparado para que en el momento de la partida de nuestros maridos, ¡pum!, la bomba, y los dos muertos.

TOL. ¡Qué barbaridad! Sí que es el único... (Mirando hacia la derecha.) ¡Mi marido! ¡Y viene preparado para el viaje! ¡Valentina, no puedo contenerme!

VAL. ¡Quieta... ¡Mucha calma!... Ven. Vamos a que Crisanto nos explique su plan de venganza.

TOL. La bomba, ¿no es eso? Yo estoy a punto de estallar.

VAL. Yo tengo la mecha encendida, y si no ex-

ploto es porque, según Crisanto, se impone el disimulo.

TOL. (Entrando en la casa con Valentina.) ¡Ay, infeliz de la que nace rica!

VAL. ¡Desgraciada de la que tiene cuatro cuartos!

ESCENA VI

INOCENCIO y MATEO

INOC. (Asomándose a una ventana.) Vicente, ¿has enganchado la tartana? Ya sabes que tienes que llevarme a la estación.

VIC. (Dentro.) Estoy enganchando.

MATEO (Por la derecha.) Aquí me tienes, querido Inocencio.

INOC. Pues allá voy; querido Mateo. Ya estoy dispuesto.

MATEO ¿A todo?

INOC. Absolutamente a todo.

MATEO Eres un hombre; es decir, somos dos hombres; pero de una vez. ¡Menudo juergazo!

INOC. (Saliendo de la casa.) Vicente, date prisa, que a las ocho pasa el tren para Madrid y no podemos perderlo de ninguna manera.

MATEO ¿Perderlo? ¡Antes el suicidio!

INOC. ¡Antes la muerte!

ESCENA ULTIMA

DICHOS, VALENTINA, TOLITA y CRISANTO; luego CARMEN y VICENTE

VAL. (A Crisanto, que con ella y Tolita sale de la casa.) Ahí están los infames.

CRIS. ¡Los juerguistas! Reconoce que mi plan...

VAL. ¡Maravilloso!... ¡El castigo va a ser ejemplar!

CRIS. Ya sabéis: mucho disimulo.

TOL. No sé si podré contenerme.

CRIS. Que no sospechen...

VAL. No sospecharán. (Avanzando hacia Inocencio y abrazándole.) Inocencio; alma grande, vete a cumplir tu santa misión, a ejercer una de las más hermosas obras de misericordia: consolar al triste.

INOC. Caramba, Valentina, me conmueves.

TOL. Yo también estoy conmovida.

VAL. (Abrazando a Tolita.) Porque eres tierna, Tolita, porque eres tierna. ¡Llora conmigo, solloza conmigo por el pobre Leonardo!

TOL. Pero, mujer, si ni siquiera le conozco.

VAL. ¿Y eso qué importa? También yo lloré contigo y no me habían dado las bofetadas.

INOC. ¡Ea! Basta; no ponerse así, que le metéis a uno el corazón en un puño.

MATEO Hay que sobreponerse.

CRIS. ¡Animo, ánimo!

TOL. No puedo con estas cosas. (Con retintín.) ¿Es que temen ustedes encontrarle muerto?

INOC. No; eso, no. Tiene vida para un rato largo. Esta clase de enfermos no se mueren nunca.

VAL. Y este pobre mártir de la amistad, este santo varón, no le abandonará jamás. No le falta más que las tocas para ser una Hermana de la Caridad.

INOC. Caramba, Valentina, me agobias con tus alabanzas.

MATEO Las mereces.

TOL. Son muy justas.

CRIS. (Aparte.) Mi hermana hubiera hecho una carrera loca en el teatro.

INOC. (A Valentina, que llora.) Vamos, Valentina, no te pongas así. Nunca te he visto como hoy.

VAL. No lo puedo remediar. Ya lo ves, Tolita: yo tampoco conozco al pobre Leonardo, y sin embargo lloro por él, por su triste sino, por su irremediable desgracia. Y es que he oído hablar tanto de él y de sus sufrimientos, que sin conocerle le quiero.

INOC. Y él a ti no digamos. Siempre me dice lo mismo: «El día que me encuentre un poco mejor, me tienes en tu casa para conocer a tu mujer.» ¡Ilusiones que se hace el pobre, porque ese día no ha de llegar nunca!

CRIS. Claro, ilusiones de enfermo.

VIC. (Por el segundo término de la derecha.) Ya está enganchada la tartana. (Se va por el mismo sitio.)

MATEO Inocencio, creo que es hora...

INOC. Sí, ya es hora. (Cogiendo la botella de jerez y los bizcochos.) El jerez y los bizcochos. (A Valentina.) No puedes figurarte lo que te agradece esto el pobre Leonardo.

VAL. Pues hoy he preparado algunos extraordinarios. Espera. (Llamando.) ¡Carmencita, trae todo eso!

CAR. (Sale de la casa cargada con una gallina y varios paquetes.) Aquí está todo.

INOC. ¡Una gallina!

CRIS. Cochinchina.

MATEO (Aparte.) ¡Vaya pepitoria!

VAL. Para que le hagan buen caldo. (Se la da a Inocencio.)

MATEO (A Inocencio.) (Nos está haciendo el caldo gordo.)

VAL. (Cargando a Inocencio de paquetes.) Y estos huevos para que los tome con jerez, y este jamón, muy bueno, para crudo.

TOL. (Dándole cosas a Mateo.) Un licor muy dulce y unas tortas superiores. (Con inquina.) (¡Te las devuelvo!)

INOC. (Agobiado.) ¡Basta, Valentina; basta, Tolita! No vamos a poder con todo.

MATEO (A Inocencio.) (No te importe. Yo tengo buen diente. Además, vamos a ser cuatro. ¡Menudo banquete!)

INOC. Ea, en marcha. Adiós todos; no puedo abrazar a nadie. Me faltan brazos; me sobran paquetes. Estoy conmovido. Estas pruebas de cariño al pobre Leonardo me emocionan. ¡Adiós todos! (Despedidas.)

VIC. (Por el segundo término derecha.) Este telegrama para el señorito.

INOC. (Sorprendido.) ¿Para mí?...

VAL. Sí, para ti...

INOC. Abrelo, Mateo...

MATEO (Abriendo el telegrama y leyendo con cara de terror.) «No vengas Sanatorio... Muy mejorado... Marcho esa conocer tu mujer. Llego nueve noche. Leonardo.»

(A Inocencio y a Mateo se les caen todos los paquetes y la gallina, y quedan como idiotizados.)

VAL. ¿Que viene? ¡Qué sorpresa! ¡Qué alegría!

INOC. (Enloquecido.) ¡Imposible!... ¡No puede ser! ¡Leonardo no existe!

VAL. ¿Cómo que no existe?

INOC. No debe existir a estas horas... Estaba muriéndose.

CRIS. ¡La bomba!

VAL. (Leyendo.) «Marcho conocer tu mujer... Llego nueve noche... Leonardo.»

INOC. (Cayendo en los brazos de Mateo, que también está consternado.) ¡Imposible, Mateo, imposible!

TOL. (Si esto es ahora, ¿qué será cuando le vean llegar?)

CRIS. (A Valentina y Tolita.) Mi plan no puede fallar. Mueren del susto. Pero aún no está hecho todo. Nos falta lo mejor...

VAL. ¡Nos falta saber quién es Leonardo! (Telón rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

Habitación de planta baja en casa de Valentina e Inocencio. El forillo es un zaguán con un portón, que da a la huerta. Una gran ventana a la izquierda. Dos puertas a cada lateral. Muebles propios de una casa de campo. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

VALENTINA, TOLITA, CARMENCITA, INOCENCIO y CRISANTO; luego dos MOZAS

CAR. (Cruzando la escena cargada con unas almohadas y unas mantas.) ¿Cuántas mantas pongo en la cama?

VAL. (Que sale por el foro izquierda siguiendo a Carmencita y cargada con un aguamanil y una toalla.) Tres, tres mantas.

CRIS. Va a derretirse.

VAL. No comprendes que el pobre está muy enfermo, que no tiene calor natural. ¿No es eso, Inocencio?

INOC. (Que está consternado.) Natural.

(Carmencita y Valentina entran por la primera puerta de la derecha, y Valentina sale al momento, ya sin los trastos que llevaba.)

TOL. (Por la izquierda con un jarro y un cubo de lavabo.) Querrá lavarse en cuanto llegue.

VAL. Anda, déjalo en su sitio, y ayuda a Carmencita a hacer la cama. ¡Y qué cama! Tres colchones!

(Se va y vuelve en seguida por el foro izquierda con una regadera. Tolita ha entrado por la primera puerta de la derecha.)

INOC. (Estos preparativos me matan. ¡Y Mateo sin venir!

CRIS. (Asomándose a la puerta del primer término de la derecha.) No entretenerse, porque dentro de media hora está aquí.

INOC. (¿Pero quién irá a estar aquí dentro de media hora?)

VAL. (Por la derecha.) Esto (Una regadera.) por si se le ocurre darse una ducha. Sobre todo, la higiene.

CRIS. Pues aquí no podrá quejarse de falta de higiene: aires puros; un cuarto ventilado...

VAL. Y hasta la circunstancia de no encajar bien las vidrieras de la ventana.(Entra por la primera puerta de la derecha y vuelve a salir sin la regadera.)

CRIS. (A Inocencio.) Pronto vas a abrazarle.

INOC. (¿Pero a quién iré a abrazar, Dios mío? ¡Y ese Mateo!... Voy a ver si viene. (Se dirige al foro, andando con dificultad.) ¡Se me doblan las piernas!)

(Por el portón del foro entran dos Mozas, muy recompuestas, que quedan en el último término.)

MOZA Buenas noches. Venimos a saber si ha llegado bien el forastero.

VAL. Pues todavía no ha llegado. (Cómo madrugan éstas.)

INOC. (Ya se ha enterado todo el mundo de la venida de Leonardo. Pero, señor, ¿quien es Leonardo?) (Se va por el portón del foro.)

CRIS. (A las Mozas.) No tardará.

MOZA Pues luego vendremos a saber si se le ofrece algo. (Se van por el foro.)

VAL. ¡Qué cumplidas! Aquí la que no corre, vuela.

ESCENA II

VALENTINA y CRISANTO; luego VICENTE

CRIS. Esto marcha. Está aniquilado.

VAL. Hay que llegar hasta el final de la venganza. Hay que aplastarle, que pulverizarle, para castigo ejemplar de maridos infieles. Veremos qué es lo que hace el infame cuando se encuentre ante Leonardo. (Con risa ner-

viosa.) ¡Ante Leonardo! ¡Ante su amigo del alma!... ¡Ya le daré yo Leonardo!

CRIS. Creo que este es el momento oportuno para darle instrucciones concretas. No hay tiempo que perder.

VAL. ¿Y no temes que ese hombre...?

CRIS. Está bien aleccionado y ahora le daremos un repaso. Parece buena persona. Es un viajante catalán: un representante de una fábrica de pasta para sopa que he conocido en Madrid. El negocio quebró, la fábrica se cerró, y el pobre tuvo que comerse el muestrario. Cuando me contó sus cuitas, yo, que ya había concebido el diabólico plan, me dije: «Este es mi hombre», y le hice la proposición.

VAL. ¿Y él aceptó en el acto?

CRIS. ¡Figúrate! Lo que él me dijo: «Entre hacerme el enfermo por cincuenta duros, o morir por nada, opto por lo primero.» El hombre debe estar impaciente. Vamos a darle la última lección. (En el foro.) ¡Vicente!

VIC. (Por el foro.) ¿Lo traigo ya? Lo tengo en el pajar.

CRIS. Sí, que venga. Y ya sabes, tú, ni media palabra.

VIC. ¡Don Crisanto!... Ya sabe usté que yo... (Se va.)

VAL. Ya deseo conocerle.

CRIS. No parece torpe. Ya está aquí. (Va a recibirlo.)

ESCENA III

VALENTINA, CRISANTO y PUIG

CRIS. (En el foro, a Puig, tipo derrotado, que habla con marcado acento catalán.) Por aquí, pase usted, por aquí...

PUIG Con permiso.

CRIS. ¿Se acuerda usted de todo lo que le dije en Madrid, y que luego le repetí en el tren?

PUIG Sí, señor, sí. Yo entro y me abalanso a él y le abraso... Si la señora me permite el verbi y grasia... Una cosa así... (Intenta abrazar a Valentina.)

VAL. (Rechazándole.) Bueno, sí: una cosa así; pero no accione usted ahora.

CRIS. Le abraza usted y le dice con voz débil y cavernosa: «Inocencio, amigo de la infancia, amigo del alma...» A ver, a ver; ensaye usted.

PUIG (*Con muy marcado acento catalán.*) ¡Inosensio, amic de la infansia, amic del alma!...

VAL. Muy bien, muy bien; pero todo eso con acento americano. «Inosensio, amigo de la infansia, ché, amigaso del alma...» Porque usted ha pasado veinte años en Chihuahua.

PUIG No, señora, no. Yo no he salido de Tarrasa hasta hase dos años.

CRIS. Pero se supone que ha regresado usted hace poco de América.

VAL. Además, usted está enfermo.

PUIG Miri, eso es verdad. El hígado me molesta un poco. Unos disen que es el hígado y otros opinan que es el vasío. Yo creo que todo es debilidad.

CRIS. No. Usted está enfermo del pecho.

PUIG Como ustedes gusten. A mí me es igual. Hígado, vasío y pecho están a la disposisión de ustedes. Pueden ustedes elegir.

VAL. Muchas gracias.

CRIS. Habla usted del Sanatorio, de lo triste que estaba usted allí; de los deseos que tenía de venir a casa de su amigo; de lo que le consolaban las visitas de éste al Sanatorio; del gusto que tiene en conocer a la mujer de su amigo, la señora. (*Por Valentina.*)

PUIG Mucho gusto en conoserla.

CRIS. Vamos a ensayar la entrada. Figúrese usted que soy el amigo de la infancia.

VAL. No olvide usted el acento americano.

PUIG (*Abrazando a Crisanto y armándose un lío con el acento catalán y el americano.*) Inosensio, ché, amic de la infansia, amic del alma, noy.

VAL. No, no es eso.

CRIS. Un poco más americano, no lo olvide usted. Bueno, usted espera en esta habitación. (*La de la izquierda.*) Cuando llegue el momento oportuno le sacaré a usted a la huerta, entraremos aquí, y cuando yo le indique a usted con una seña quién es Inocencio, usted...

PUIG Inosensio, ché, amic de la infansia... esétera. Que ustedes lo pasen bien. (*Se va por la puerta del lateral de la izquierda.*)

VAL. En el etcétera va a meter la pata.

CRIS. No hay cuidado. Todo saldrá bien. Inocencio se muere del susto.

VAL. ¿Qué creía el infame, que iba a burlarse de mí? ¿Que iba a gastarse mi dinero en juerguecitas? ¡Muera el traidor!

CRIS. Ya, ya morirá. Lo tenemos cogido, Valentina. A mí no hay quien me la dé. Cuando vea hecho carne a su imaginario Leonardo, canta de plano.

VAL. Eso, canta y yo le pateo.

CRIS. Vamos a ver si está dispuesta la habitación.

VAL. No podrá quejarse ese desdichado que te has traído: habitación ventilada y una cama que dan ganas de morirse en ella. (*Se van los dos por la primera puerta de la derecha.*)

ESCENA IV

INOCENCIO y MATEO por el foro

INOC. Pero, Mateo, por la Virgen, no me abandones. Me has dejado solo en esta situación angustiosa. Considera mi estado de ánimo. No sé qué hacer; no se me ocurre nada.

MATEO He ido a airearme; a pensar fuera de este ambiente.

INOC. ¿Y qué has pensado?

MATEO Que tu cuñado ha descubierto tu martingala...

INOC. ¡¡Horror!!

MATEO Y que de acuerdo con tu mujer se ha buscado un Leonardo para castigar tu infidelidad, para darte un susto morrocotudo, para vengarse cruelmente de ti.

INOC. Mateo, eso sería horrible, espantoso, trágico.

MATEO Pues no puede ser otra cosa. Por eso, porque no puede ser otra cosa, me he preparado para salvarte, mejor dicho, para salvarnos, porque yo me veo también metido en el lío. Vamos a luchar con las mismas armas, Inocencio.

INOC. No te entiendo; no entiendo nada; estoy anonadado.

MATEO La venganza preparada por ellos, será nuestra venganza. Yo tengo un Leonardo, y ese Leonardo va a presentarse aquí dentro de un momento, antes de que llegue el otro falso Leonardo.

INOC. Pero esto es el caos. ¡Otro Leonardo! ¿Quién es Leonardo?

MATEO El mío, el nuestro, un pobre cómico que pertenecía a una compañía de la legua que pasó por aquí hace un mes. El pobre hombre quedó enfermo en nuestro hospital, y hoy, convaleciente, se encuentra sin recursos para poder marchar a unirse a sus compañeros. Cuando le he ofrecido veinte duros por desempeñar este sencillo papel de amigo de la infancia, creí que se volvía loco. ¡Figúrate! El mejor contrato de su vida.

INOC. Pero ..

MATEO ¡No hay «pero» que valga! Te he salvado; nos hemos salvado. ¡De mí no se ríe ningún palurdo como Crisanto! Confía en mí. Voy a buscar a nuestro hombre. Tengo ahí mi coche. Dentro de un momento estamos aquí. Tú, mucho disimulo y mucha alegría, porque va a llegar tu amigo.

INOC. Mateo, te admiro.

MATEO (Marchándose por el foro.) ¡Se mueren, se mueren del susto cuando le vean llegar.

ESCENA V

INOCENCIO, VALENTINA, TOLITA, CRISANTO y CARMENCITA; en dos momentos PUIG

INOC. (A Valentina, que con Tolita y Crisanto sale por la primera puerta de la derecha.) Qué, ¿está ya lista la habitación?

VAL. Todo está dispuesto para recibir a tu gran amigo.

(Carmencita sale por la primera puerta de la derecha y se va por el foro derecha.)

CRIS. Dentro de cinco minutos está aquí.

TOL. ¡Qué emoción!

CAR. (Sale por el foro derecha con una bandeja, con una taza y una copa de jerez.) ¿Lo dejo aquí, señorita? (En un velador próximo a la puerta de la izquierda.)

VAL. Sí, para que reponga fuerzas el enfermo. Ten cuidado de que no le falte nada. (Carmencita se va por el foro derecha.)

INOC. Eso es, que no le falte nada.

VAL. (A Crisanto.) ¿Qué es esto, Crisanto? Este hombre ha cambiado.

CRIS. (A Valentina.) Es que disimula. ¡Buen pez está

hecho! Pero ya verás cuando se vea entre los brazos de nuestro Leonardo.

(Puig, sin ser visto, asoma un momento por la puerta de la izquierda y se bebe el caldo y el jerez.)

INOC. La verdad es que he debido bajar a la estación.

CRIS. Ya he mandado yo a Vicente con la tartana.

INOC. Pero yo he debido recibirle con Mateo.

TOL. ¿Con Mateo? Pero Mateo...

INOC. Ha ido a esperarle.

VAL. (A Crisanto.) (¿Has oído, Crisanto?)

TOL. (A Crisanto.) ¿Ha oído usted?

CRIS. (A Valentina y Tolita.) Sigue disimulando. ¡Es un cínico!

(En este momento se oyen cascabeles de colleras.)

INOC. ¡Ya está aquí! ¡Ya está aquí!

VAL. (Asombrada.) ¿Quién?

CRIS. (Retrocediendo sin saber lo que ocurre.) ¿Qué dice?

TOL. ¡Se ha vuelto loco!

INOC. (Mirando por la ventana y palmoteando.) ¡Ya está aquí! ¡Ya está aquí! ¿No habéis sentido el coche? ¡Valentina, abre tus brazos para recibir en ellos al mejor de mis amigos!

VAL. (Aparte.) ¡Hemos hecho una barbaridad!

INOC. Ya está aquí Leonardo! (Estupefacción en todos.)

VAL. (¿Es posible, Crisanto?)

CRIS. (¡Qué ha de ser posible, Valentina! ¡Este hombre desvaría!)

INOC. (En la ventana.) ¡Ahí le tenéis! Mateo le ayuda a descender del coche. (Se dirige al foro.)

VAL. ¡Te has lucido, Crisanto!

PUIG (Saliendo por la izquierda.) ¡Inosensio, amic del alma!

VAL. (Arrojándose sobre él.) ¡Cállese usted!

CRIS. (Metiéndole en el cuarto de un empujón.) ¡Adentro, ladrón! (Echa la llave a la puerta.)

ESCENA VI

DICHOS, MATEO, MIRALLES y CARMENCITA, por el foro. En la puerta del foro aparecen Mateo y Miralles; éste viene apoyado en aquél. Miralles está demacrado, enflaquecido y apenas puede tenerse en pie

MATEO (Echando a Miralles en los brazos de Inocencio.) ¡Aquí lo tienes!

MIR. (Con voz de moribundo.) ¡Inocencio, amigo de la infancia, amigo del alma!..

INOC. ¡Leonardo! (Miralles queda abrazado a Inocencio con la cabeza apoyada en uno de los hombros de éste.)

CAR. (A Valentina.) ¿Hay que traer sinapismos, señorita?

CRIS. (A Valentina.) ¿Qué quiere decir esto, Valentina?

VAL. ¡Crisanto, eres un idiota!

CAR. ¿Traigo una cataplasma de mostaza señorita?

VAL. ¡Vete a la cocina y déjanos en paz!

(Se va Carmencita asustada por el foro derecha.)

INOC. (Por Miralles que sigue inmóvil en sus brazos.) (Este hombre debe haberse muerto.) Mateo, echa una mano. (Mateo acude y entre los dos sientan a Miralles en una butaca.)

TOL. Dadle algo para que se reanime.

MIR. Eso, sí; reanímenme ustedes.

VAL. Sí, caldo y jerez. Aquí lo tengo preparado. (Valentina y Tolita, sin fijarse, le ofrecen la taza y la copa.)

MIR. (Al ir a beber.) No veo nada.

VAL. ¡Ay, Dios mío, que no ve nada!

CRIS. ¡Qué ha de ver, si se está muriendo!

INOC. No ve nada, porque no hay nada. (Por la taza y la copa.)

TOL. Pues es verdad.

VAL. ¡Tú te lo has bebido, Crisanto!

CRIS. ¿Yo?

VAL. Lo mejor será que cene usted.

MIR. Sí, señora, lo mejor será que cene.

VAL. Una cena ligerita.

MIR. A mí me gusta todo; unas patatas guisadas, por ejemplo.

TOL. ¡Jesús!

VAL. ¿Qué dice usted?

MATEO Caprichos de enfermo.

VAL. Un pichón, mejor.

MIR. Bueno, muy bien; patatas guisadas con pichones.

CRIS. ¡Vaya, que se le han antojado las patatas!

MATEO Por la comida no hay cuidado. Piedras qué se le den, piedras que digiere; en el estómago no tiene nada.

MIR. Absolutamente nada.

VAL. Más vale así. En seguida lo tendrá usted todo preparado.

MIR. Es usted un ángel, señora.

VAL. (Es muy cariñoso.)

INOC. (Presentando a Valentina.) Mi mujer, Leonardo,

a la que tú tenías tantos deseos de conocer; es mi mujer.

MIR. Por muchos años.

INOC. Y éste, (Presentando a Crisanto) es mi cuñado.

MIR. También por muchos años.

MATEO Y ésta es mi esposa.

MIR. ¡Muy bien nutrida!

VAL. No marearle. Voy a disponer la cena. Acompáñame, Tolita.

TOL. (Haciendo mutis por el foro derecha con Valentina.) Está muy malito.

VAL. ¡Qué lástima! Porque es joven y simpático. un poco llenito y afeitado, no resultaría mal. (Se van.)

ESCENA VII

DICHOS menos VALENTINA y TOLITA

INOC. Ahora, querido Leonardo, mientras te preparan la cena vas a ver tu habitación y a descansar un poco en ella. Ayúdame, Mateo. (Conviene quitarlo de enmedio.)

MATEO Vamos allá. (Entre los dos ponen en pie a Miralles.)

CRIS. Está usted débil. Usted no tiene más que debilidad.

MIR. Nada más. Y esto es crónico.

INOC. Vamos, vamos a tu cuarto.

CRIS. Es que el clima de América es muy debili tante.

MIR. Y el de Petrogrado. Cuando no se come, to dos los climas son debilitantes.

INOC. Mi amigo perdió el apetito.

MATEO Pero aquí lo recuperará.

MIR. Ya, ya lo he recuperado.

INOC. Y adquirirá fuerzas.

MATEO Se pondrá como un roble.

INOC. ¡Animo, Leonardo!

MATEO ¡Mucho ánimo! (Entre Inocencio y Mateo se llevan a Miralles por la primera de la izquierda.)

ESCENA VIII

CRISANTO, VALENTINA y TOLITA. Luego INOCENCIO y MATEO

CRIS. Lo veo y no lo creo. Ese es Leonardo, el verdadero Leonardo, el amigo de Inocencio,

y está realmente enfermo, y... ¿pero cómo se le ha ocurrido venir esta misma noche, coincidiendo con el anuncio de mi telegrama?... ¡Y hay quien no cree en las casualidades!...

VAL. (Por el foro, con Tolita.) ¿Qué haces? ¿En qué piensas? ¡En buen lío nos has metido!

CRIS. Mujer, yo...

TOL. Usted ha procedido muy de ligero.

VAL. ¡Hacernos dudar de nuestros maridos!... Supongo que habrás hecho desaparecer a ese tipo que te has traído como instrumento de una inútil venganza.

CRIS. Está ahí. No he podido sacarlo de ese cuarto.

VAL. ¿Y a qué esperas? Es necesario que desaparezca ese hombre. Su presencia nos compromete.

TOL. Eso es. ¿A qué espera usted?

CRIS. Estoy aturdido. No he tenido tiempo para reponerme de la impresión recibida... Vamos a sacarle y a llevárnosle. Esta es la ocasión.

(Se dirigen a la puerta de la izquierda; Crisanto la abre y los tres llaman a Puig a media voz.)

VAL. ¡Chist, joven!

CRIS. ¡Puig!

TOL. ¡Salga usted!

VAL. Se conoce que se ha dormido.

LOS TRES ¡Chist! ¡Chist!

INOC. (Saliendo por la primera puerta de la derecha con Mateo.) Bueno, estate ahí quietecito, descansando del viaje. (Valentina, Tolita y Crisanto, al oir la voz de Inocencio, cierran la puerta de la izquierda de golpe, lanzan un grito y huyen por el foro derecha.)

ESCENA IX

INOCENCIO y MATEO

MATEO ¿Has visto cómo huyen? ¡Están aterrados!

INOC. Caray, Mateo, es que te has traído un Leonardo que da un susto a cualquiera. Yo creí que ibas a traer un tipo enfermizo, pero no que ibas a meterme en casa un moribundo.

MATEO No exageres. Ese tira lo menos quince días.

Lo esencial es que hemos salvado la situación y que les estamos dando la noche a nuestras queridas mujercitas.

INOC. Sí, pero hemos perdido la gran juerga... ¡Cómo estará la Dominga!

MATEO ¡Y cómo estará la castaña!

INOC. Pilonga. Vamos a poner a la Dominga un telegrama diciéndola que me he puesto enfermo, que no puedo ir.

MATEO Vamos allá. Inocencio, reconoce que soy grande.

INOC. ¡Enorme!

MATEO ¡Inmenso! No hay quien pueda con nosotros. ¡Somos dos linces!

INOC. ¡Dos tíos!

MATEO ¡Dos sinvergüenzas!

(Muy alegres, riendo y cantando, se van por el portón del foro.)

ESCENA X

CARMENCITA, por el foro, con una bandeja con servicio y un plato de guisado, que coloca en un velador, a la derecha

CAR. ¡Revienta!... Un guisado como este para un hombre que debiera estar a biberón. ¡Pero que revienta! (Se va por el foro derecha.)

ESCENA XI

MIRALLES y PUIG

Queda la escena sola un momento. En seguida Miralles, atraído por el olor del guisado, sale por la primera de la derecha y, sonriente, frotándose las manos, se sienta a la mesa. Al momento, también atraído por el mismo olor, asoma Puig por la puerta de la izquierda.

PUIG (Llamando.) ¡Chist! ¡Chist! (Miralles come sin darse por enterado.) ¡Chist!

MIR. (Descubriendo a Puig.) ¡Ah!... ¿Usted gusta?

PUIG Buen provechito.

MIR. Muchas gracias. (Sigue comiendo.)

PUIG (Sentándose frente a Miralles.) ¿Hay apetito?

MIR. Hailo (Siempre comiendo.)

PUIG (Por las patatas.) Tienen buena cara.

MIR. Y buenos hechos.

PUIG — Están disiendo «comedme». (El que no dise nada es este tío. No pierde bocado.) ¿Usted es de la familia, verdad?

MIR. — No.

PUIG — ¿Pero mora usted en la casa?

MIR. — Moro.

PUIG — (Yo me desido.) Con su permiso voy a probar... (Se sirve en un plato y come, valiéndose de la cuchara, ya que Miralles emplea el tenedor.) Están riquísimas... Pero, ¡qué lástima! les falta un poco de longanisa.

MIR. — Les falta cuarto de kilo de longaniza.

PUIG — Por lo visto aquí se vive bien.

MIR. — Por lo visto. (Va tomando el café.) ¿Me da usted un cigarrillo?

PUIG — Me lo ha quitado usted de la boca. Iba a pedírselo yo a usted al terminar ésto. (En este momento sale Valentina por el foro derecha, y al verlos juntos, lanza un grito y se va.) ¡Caracoles! ¿Estamos seguros?

MIR. — Yo, por lo que pueda ocurrir, me retiro a mi habitación. ¡Qué cama, amigo, qué cama!... He tenido mucho gusto...

PUIG / MIR. — (A la vez.) Leonardo Gutiérrez... Para servirle...

MIR. — (Haciendo mutis primera derecha.) ¡Este hombre se ha burlado de mí.

PUIG — Me ha tomado el pelo. (Se va por la izquierda.)

ESCENA XII

VALENTINA, TOLITA y CRISANTO, los tres por el foro derecha. Luego PUIG y MOZOS DEL PUEBLO, éstos dentro

VAL. — Los he visto, Crisanto, los he visto juntos.

CRIS. — ¿Juntos?

VAL. — Aquí mismo.

TOL. — ¿Departiendo?

VAL. — Repartiendo... repartiendo las patatas amigablemente.

TOL. — Ese hombre va a comprometernos.

CRIS. — ¡Ese hombre se marcha ahora mismo! (Se dirige a la puerta de la izquierda.) ¡No quiero más líos! (En este momento se oye guitarreo en el interior y voces de «¡Viva el forastero! ¡Viva el señor Leonardo!».)

TOL. Una serenata.
CRIS. ¡Para músicas estamos!
VAL. (En la ventana.) No toquen ustedes, que está durmiendo, que está muy malito y le hace daño la música. Váyanse ustedes, que se está muriendo.
UNA VOZ (Dentro.) ¡Viva el señor Leonardo!
VAL. ¡Que se está muriendo!
VOCES ¡Viva!
PUIG (Por la izquierda.) ¿Esa serenata es en mi honor? ¿Esos vivas son a mí? Déjenme ustedes que agradezca el homenaje.
VAL. (Cerrando la ventana de golpe.) No hay de qué, amigo. (Deja de oirse el guitarreo.)
CRIS. Lo que usted va a hacer ahora mismo es marcharse.
PUIG ¿Marcharme? Bueno, pero cobraré.
TOL. Es muy justo.
VAL. Naturalmente que cobrará usted.

ESCENA ULTIMA

DICHOS, INOCENCIO y MATEO. Luego MIRALLES, VICENTE y CARMENCITA

INOC. (Por el portón del foro, con Mateo.) Bien, muy bien. Mi amigo agradecerá mucho la serenata. ¡Alegría! ¡Alegría!
VAL.
TOL. } ¡Inocencio!
CRIS.
PUIG ¡Hombre, grasias a Deu! Ha llegado la hora. (Abalanzándose a Inocencio.) ¡Inosensio, che, amic de la infansia, amigaso, noy. (Lo que sigue rapidísimo.)
VAL. ¡La metió!
TOL. ¡Horror!
CRIS. ¡El fin del mundo!
INOC. ¿Quién es este hombre?
MATEO ¡Ah, el impostor!
(Valentina, Tolita y Crisanto se abalanzan a Puig, lo separan de Inocencio y la emprenden con él a puñetazos y puntapiés, haciéndole salir por el portón.)
CRIS. ¡Fuera, fuera de aquí!
VAL. ¡Infame!
TOL. ¡Criminal!

CRIS. ¡Ladrón!

MATEO (Riéndose y frotándose las manos.) ¡Delicioso!

INOC. ¿Un ladrón? (Se dirige a la ventana mientras Puig, acosado por Valentina, Tolita y Crisanto, sale corriendo por el portón.) ¡A ese! ¡A ese!

(Se oye un tiro dentro.)

MIR. (Por la derecha.) ¡Bravo, bravo! ¡También cohetes!

VIC. (Por el portón, con una escopeta en la mano.) ¿Pué saberse quién era el pájaro? Ese ya no vuelve.

(Todos le miran aterrados.)

MIR. ¡Qué bárbaro!

CRIS. ¿Qué dices?

VIC. Flojo ha sido el susto que se ha llevao...

CRIS. ¿Ha sido solo el susto? El iba corriendo, ¿verdad?

VIC. ¡Sí, sí, corriendo! Lo que iba era volando...

TOL. ¿Y usted le tiró?

VIC. Yo tiré al aire.

VAL. ¡Lo ha cazado!

(Todo rápidamente. Telón.)

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

La misma decoración del cuadro anterior. Es de día.

ESCENA PRIMERA

MIRALLES, solo

MIR. (Sentado en un sillón, con los piés en una silla, junto a una mesita, en la que hay una botella de coñac y una copa. Está fumándose un veguero. Su aspecto es el de un hombre feliz. Está repuesto, bien vestido, rejuvenecido.) ¡Las mudanzas del tiempo! ¡Las vueltas que da el mundo! (Bebe.) Hace dos meses, representando por tres cincuenta el *Convidado de piedra*, sin poderme sentar a la mesa a pesar de los requerimientos de don Juan, y ahora haciendo el convidado de carne y hueso por unos espléndidos duros. (Levantándose.) Y luego este dulce trabajo de no hacer nada. Voy a ver si han traido ya el traje que me han mandado hacer para que lo estrene en la fiesta del pueblo.

ESCENA II

VALENTINA y CRISANTO

VAL. (Por la derecha, segunda puerta.) Le he preparado unas rosquillas de yema que va a chuparse los dedos; porque él es glotón y goloso; sobre todo goloso; los bollos y la longaniza dulce le gustan con delirio.

CRIS. (Por el portón del foro, con unas flores.) Aquí tienes las flores para adornar la mesa.

VAL. (Cogiéndolas.) ¿Has cortado peonias? Las peonías le encantan. Tiene un gusto tan delicado...

CRIS. Mucho, muy delicado. Pero, la verdad, su delicadeza le debía hacer pensar que ya lleva un mes largo aquí, y que los huéspe-

des proporcionan dos alegrías: cuando llegan y cuando se van. ¿No ha dicho nada el amigo de cuándo piensa regresar al sanatorio?

VAL. Nunca.

CRIS. ¿Nunca? Valentina, siempre me han èscamado los intrusos en el hogar conyugal.

VAL. Crisanto, eres un majadero. No se marchará de aquí nunca, porque yo no permitiré que se marche.

CRIS. ¿Tú!... Valentina, ¿qué piensas? ¿Qué te propones? ¿Qué?... ¡Que yo conozco el mundo, Valentina, que ese hombre se repone por días, y que... me escaman los intrusos en el hogar conyugal, ea...

VAL. Pero ven acá, infeliz. ¿Es que tú no sabes que mis extremadas atenciones con Leonardo, mis cuidados, mi interés de que no le falte nada, de que la vida le sea agradable, no es otra cosa que sembrar aquí para recoger en Chihuahua?

CRIS. ¿Para recoger en Chihuahua?

VAL. Naturalmente. Leonardo es inmensamente rico; Inocencio me ha hablado muchas veces de la incalculable fortuna de su amigo...

CRIS. Será inmensamente rico, pero no gasta ni en tabaco.

VAL. Se lo han prohibido los médicos.

CRIS. ¡Pero no le han prohibido que me lo pida a mí!

VAL. Comprenderás que no voy a consentir que la fortuna de Leonardo vaya a manos extrañas. Nada de eso. Se morirá aquí (*Con mucho regocijo.*) ¡entre nosotros! ¡Qué alegría!

CRIS. Pero, ¿te has vuelto loca?

VAL. Y como no tiene parientes, sus riquezas serán para nosotros, porque para ello yo me encargo de hacerle testar.

CRIS. Pero, oye: ¿y si luego en Chihuahua ni agua?...

VAL. ¿Qué dices, hombre? Unas riquezas fabulosas. Extensiones de tierra que no se les ve el fin; miles y miles de cabezas de ganado; miles de cabezas de negros...

CRIS. Me dejas pasmado. Cuenta conmigo para coquetizar al indiano. Ese testa aquí. ¡Pues no faltaba más! ¡Y pensar que por poco echo yo a perder este estupendo negocio!...

ESCENA III

DICHOS y CARMENCITA por el foro derecha. MIRALLES dentro

CAR. (Por un envoltorio que trae al brazo.) Aquí está el traje del señorito Leonardo.

CRIS. ¿También un trajecito?

VAL. Regalo de Inocencio y mío. Para que lo luzca en la fiesta del pueblo. (A Carmencita.) Entralo.

CAR. (Llamando en la puerta primera de la derecha.) ¿Se puede?

MIR. (Dentro.) Sí, adelante.

VAL. Entra, mujer. ¿No has oído? Ha dicho que sí.

CAR. Es que tiene la costumbre de decir que sí... y luego resulta que no.

CRIS. Calla, mujer, calla y entra eso, que lo estará esperando.

(Carmencita entra por la primera de la derecha y sale al momento sin el traje, muy sofocada y cerrando la puerta precipitadamente.)

CAR. ¡Ya sabía yo que no!

VAL. ¿Qué hace?

CAR. Se está vistiendo.

VAL. ¿Has visto si le falta algo?

CAR. Nada, no le falta nada. (Haciendo mutis por el foro.) Absolutamente nada. (Se va.)

VAL. Creo que no tendrá queja de nuestros cuidados.

CRIS. ¡Qué ha de tener queja! Sería un desagradecido si no testase a nuestro favor.

VAL. No hay cuidado. La fortuna de ese hombre no se me va a mí tan fácilmente. (Hacen mutis por la derecha, segunda puerta.)

ESCENA IV

INOCENCIO y MATEO por el portón del foro

INOC. Comprenderás que no podemos seguir así, Mateo. A ese hombre lo trajimos para salvar una difícil situación de momento y me ha creado una situación angustiosa para toda la vida, porque irse no se va.

MATEO ¡Qué ha de irse!

INOC. Y morirse no se muere.

MATEO ¡Qué ha de morirse, si ahora es cuando comienza a vivir! ¿Y qué hacemos para desprendernos de ese hombre?

INOC. No hay más que un medio. No veo otro.

MATEO No será una fantasía.

INOC. Nada de fantasía. Lo natural, lo lógico, lo que hubiera ocurrido de ser este desdichado un íntimo amigo mío. Ese hombre tiene que hacer el amor a mi mujer.

MATEO ¿A tú...? ¿Qué dices, hombre?

INOC. Es la solución, Mateo. Valentina es una mujer honrada, virtuosa, esclava de sus deberes, enamoradísima de mí y además de muy mal genio; de unos nervios fácilmente excitables. Insinuarse ese infeliz y echarle Valentina a puntapiés es todo uno. No falla. (Abriendo la primera puerta de la derecha.) ¡Eh, pollo, salga usted!

ESCENA V

DICHOS y MIRALLES

MIR. (Por la primera de la derecha.) ¿Me llamaban ustedes?

INOC. (Contemplando a Miralles y mostrándoselo a Mateo por delante y por detrás.) ¿Qué tal, Mateo? Este es nuestro hombre.

MIR. Lo soy siempre; lo seguiré siendo hasta que ustedes dispongan otra cosa.

INOC. (Siempre contemplando la elegancia de Miralles.) Pintiparado para el caso.

MATEO Está en tipo.

MIR. ¡Caramba, me están ustedes azarando! ¿Es que no me cae bien el chaquet?

MATEO Admirablemente.

INOC. Está usted para comérselo.

MIR. Señores, muchas gracias. Esos elogios en bocas femeninas me llenarían de orgullo.

INOC. ¿Has oído, Mateo? En bocas femeninas; este es de los que no fallan.

MATEO De los fulminantes.

MIR. Se hace lo que se puede, con chaquet y sin chaquet.

INOC. Vamos a ver, amigo Miralles: usted ha comido en esta casa de una manera espléndida.

MIR. Superabundante.

INOC. Usted ha disfrutado de una habitación amplia y de una cama mullida. Nada le ha faltado a usted para hacerle agradable la existencia.

MIR. Y todo ello sin que yo sepa qué es lo que he hecho para merecerlo, para que ustedes me prodiguen tales favores, para que Dios se acuerde de mí con tanta generosidad.

INOC. Pues le falta a usted lo mejor, lo más importante, lo más esencial, lo más necesario para el complemento de esta gran obra que está usted realizando sin darse cuenta de que la realiza. Le falta a usted hacer el amor a mi mujer.

MIR. (Dejándose caer en una silla.) ¿A su...? (¿Pero dónde me he metido yo, Dios mío?)

INOC. No se asuste usted, hombre, no se asuste usted, que no es para tanto.

MIR. (Sin salir de su asombro.) (¡Qué frescura!) ¿Pero ha oído usted, don Mateo? Que le haga el amor a su...

MATEO Sí, a su mujer. No hay más remedio, Miralles. Usted ha venido aquí para ayudar a Inocencio.

MIR. ¿Para ayudarle?

MATEO Para sacarle del aprieto en que se encuentra.

MIR. (Esto es monstruoso.)

INOC. Así como antes le necesitaba a usted dentro de casa, ahora me hace usted falta a muchos kilómetros de aquí. Por eso necesito que haga usted el amor a mi mujer.

MIR. Hombre, no creo que sea ese el mejor procedimiento para alejarme.

INOC. ¿Cómo que no? ¿Pues qué cree usted, que mi mujer...? ¡Caballero, no consiento que se ponga en duda la honorabilidad de mi esposa!

MIR. Perdone usted, don Inocencio. Yo no me he permitido dudar, yo no me he metido en nada; es usted quien ha dicho que...

INOC. Que haga usted el amor a mi mujer, sí, señor.

MIR. ¡Lo está usted viendo!

MATEO Usted oye, obedece y calla. Es la obligación de usted.

INOC. Se dirige usted a ella con una sonrisa agradable, y previa una mirada lánguida, un suspiro hondo y un ¡ay, mi madre! bien sentidito, le larga usted una declaración en toda regla. ¿Estamos?

MIR. Pero usted se marchará.

INOC. Hombre, naturalmente, y cuando mi mujer se haya hartado de darle a usted bofetadas...

MIR. ¡Ah! Pero, ¿habrá bofetadas? De eso no me había dicho usted nada.

INOC. Pues, ¿qué creía usted que este era un negocio sin ninguna exposición?

MATEO Llámela usted «rica mía», que le da mucha rabia.

INOC. (A Mateo.) Llamarla «rica» y convertirlo en un polvorón es todo uno.

MATEO (¡Pobrecillo!)

INOC. Usted no se arredre. Tiene usted que llegar a las mayores audacias. Tiene usted que llegar al ¡hum! (Ademán de morder, gesto cómicamente fiero, de antropófago.)

MIR. ¿Cómo?

INOC. Es su punto sensible. Lo que la vuelve loca. ¡Hum! (Repite el gesto.)

MATEO Lo mismo le ocurre a mi mujer y a todas las mujeres. ¡Pues no has dicho nada! (Haciendo el consabido gesto.) ¡Hum!

MIR. (Imitándoles.) ¡Hum!...

INOC. (A Mateo.) Lo mata.

MATEO Lo destroza.

INOC. (A Miralles, que está ensayándose en el gesto y en el ademán de antropófago.) Y cuando mi mujer...

MIR. (Volviéndose rápidamente.) ¡Hum!

INOC. Estese usted quieto, hombre. Antes de ese recurso supremo hay la declaración sentida, y aquello de «por usted no duermo ni como», etcétera, y cuando mi mujer le arroje de esta casa violentamente, usted, muy digno, le dice «adiós para siempre». Y se va.

MIR. A que me hagan la primera cura.

MATEO (Avisando.) Me parece que viene Valentina. (En la puerta del foro.) Sí, es ella.

INOC. (Entra rápidamente por la segunda de la derecha y sale al momento con un frasquito de esencia, con la que rocía a Miralles.) Un poco de esencia. Los perfumes la excitan.

MATEO No se olvide usted del «¡ay, mi madre!»

INOC. Ni del «¡hum!»

MIR. ¡Hum!

INOC. Eso es, ¡hum!...

MATEO ¡Hum!

INOC. Nosotros aquí, Mateo. Desde aquí observaremos. (Se colocan detrás de las cortinas de la puerta segunda de la derecha.) Lo va a poner como nuevo.

MATEO Va a convertirlo en un *Ecce Homo.*

MIR. (Esta mujer va a hacerme virutas.)

VAL. (Dentro.) Ten cuidado que no se pase el arroz. Ya sabes que al señorito Leonardo le gusta en su punto.

MIR. ¡Lástima de paella que me voy a perder!

INOC. (Asomando la cabeza entre las cortinas.) ¡Hum!

MIR. (Al ver a Inocencio y al mismo tiempo que él.) ¡Hum!

ESCENA VI

MIRALLES y VALENTINA, por el foro izquierda

VAL. ¿Usted aquí, y solo, amigo Leonardo? ¿Cómo le han dejado a usted solo?

MIR. ¡Pch-! Pura casualidad.

VAL. Yo estaba en la cocina procurando dar gusto a usted, adivinando su gusto. ¿A que lo he adivinado en el primer plato del almuerzo? Arroz con pollo.

MIR. ¡En absoluto!

VAL. Ya sabía yo que el arroz con pollo era su debilidad; pero hay que comerlo en seguida, porque ahora está en su punto.

MIR. (Con entonación cómica misteriosa.) El que está en su punto ahora y siempre que la ve a usted, soy yo. (Se previene esperando la bofetada.)

VAL. (Asombrada.) ¿Eh?... (¿Qué dice este hombre?) Yo hablaba del arroz.

MIR. Es que yo voy al grano.

INOC. (A Mateo.) ¡Vaya principio, Mateo!

MATEO De tiro rápido.

MIR. Yo, señora... Yo, Valentina, permítame usted que la llame por su nombre, por su poético nombre: Valentina... Yo, Valentina... (Cómo se lo diría para que no me diese muy

fuerte.) Yo... (Suspirando profundamente.) ¡Ay, mi madre!... (Ha llegado el momento de las bofetadas)

INOC. (A Mateo.) ¿Siguen con el arroz a la valenciana?

MATEO Están para emprenderla con las chufas.

MIR. (Por Valentina.) No dice nada. Me escama este silencio. (Vuelve a suspirar.) (¡Ay, mi madre!)

VAL. (Suspirando también.) (Ay, mi madre!) (Avanzando decidida hacia Miralles, mientras éste retrocede asustado.) ¡Leonardo, basta; lo adivino todo, lo comprendo todo, todo lo veo claro!

MIR. ¿Todo?

VAL. ¿Qué importaba la distancia, si el corazón se inflamaba allí en el Sanatorio, al recibir mis regalitos? Usted adivinaba a través del jerez mi espíritu fuerte; los bizcochos le decían a usted que mi corazón era tierno...

MIR. ¿Tierno? ¡Lo que es usted es muy rica! (Huyendo) (Ya me la he ganado.)

MATEO (¡Lo soltó!)

INOC. (Ahora le quita el chaquet a golpes.)

MIR. No se enfade usted.

VAL. ¡Rica! (Más lo seré cuando tú testes, porque tú testas.) (Dirigiéndose decidida a Miralles, que tiembla.) Mucha discreción, Leonardo. Reprima sus impulsos pasionales. ¡Comprenda su situación! Hágase usted cargo de la mía.

MIR. (Ya muy animado.) Por usted no duermo; por usted no como.

VAL. ¡Por Dios, no exagere usted! Eso de que no come...

MIR. (Me he *colao*.)

VAL. (A media voz.) No se hable más, Leonardo. El secreto queda entre los dos. Este es un amor sublimizado por el imposible. No se hable más.

INOC. (A Mateo.) ¿Le está pegando?

MATEO ¡Te la está pegando! (Inocencio intenta salir de su escondite y Mateo le sujeta.)

INOC. (Forcejeando con Mateo.) ¡Pero esto es inaudito!

MIR. Luego usted...

VAL. No sé; no puedo decirle nada; debo callar. (Dirigiéndose al foro, andando de espaldas, como iluminada, como huyendo de su propio pensamiento.) ¿Qué me pasa, Dios mío? ¿Qué me pasa? (Ya en la puerta del foro olfateando.) ¡Que se me pasa el arroz!) (Sale corriendo por el foro.)

MIR. (Haciendo mutis por la primera puerta de la derecha.) Pues señor, esto es Jauja. Ya decía yo que no era el sistema para alejarme de esta casa. (Se va.)

INOC. (Avanzando furioso.) ¡Le mato! ¡Le mato!

MATEO (Sujetándole.) ¡Inocencio, por Dios, no te pierdas!

INOC. (Volviéndose contra Mateo.) ¡Y a ti también te mato!

MATEO Inocencio, ¿qué dices? ¡Desvarías!

INOC. ¿A quién has metido en mi casa? Me dijiste que traías a un moribundo y me has traído un don Juan Tenorio en todo el vigor de su vida licenciosa.

MATEO Olvidas que fuiste tú quien le obligó a hacer el amor a tu mujer.

INOC. Pero era para que lo echase de casa; y si él insiste y se pone un poco más tierno es a mí a quien echa.

ESCENA VII

DICHOS y VALENTINA

VAL. (Por el foro izquierda.) Inocencio...

INOC. (A punto de estallar.) ¡Ah!...

MATEO ¡El drama! Y que va a ser calderoniano.

VAL. (Muy cariñosa.) Maridito mío...

INOC. (¡Caray!)

MATEO (¡Cuerno!)

VAL. Tú no sabes nada, Inocencio; tú vives en el Limbo. Ese hombre que se dice tu amigo, no es tu amigo.

INOC. ¿Cómo?

MATEO ¿Qué dice?

VAL. Ese hombre tiene que salir de aquí inmediatamente.

INOC. Eso lo estoy diciendo yo hace muchos días; pero tú...

VAL. Ahora es distinto. Ese hombre está enamorado de mí. Me ha declarado su amor.

INOC. ¿Y tú?

MATEO ¿Y usted?

VAL. (A Inocencio.) Mírame a los ojos. (A Mateo.) Míreme usted a los ojos. ¿Qué dicen mis ojos?

INOC. Nada.

MATEO Nada.

VAL. Pues eso. ¡Nada! Pero conviene disimular. Nada de actitudes trágicas. El pobrecillo es irresponsable; un delirio producido por la debilidad; una fiebre de enfermo. Ni se le debe tener en cuenta, ni se le puede contrariar.

INOC. Oye, oye, ¿cómo que no se le puede contrariar?

VAL. El remedio está en alejarlo. Tú no sabes nada; los maridos no deben saber estas cosas; y si lo saben, no debe importarles.

MATEO En eso tiene razón.

VAL. Leonardo tiene que volver hoy mismo al sanatorio, y tú, Inocencio, vas todos los sábados a verle. Como antes; como si no hubiese pasado nada. (Aparte a Inocencio.) (No es cosa de tirar por la ventana la herencia de tu amigo.)

MATEO Eso está bien pensado. Y yo acompañaré a Inocencio todos los sábados.

INOC. Valentina, eres grande. (Abrazándola.) Perdona si un momento dudé de ti. ¿De manera que yo todos los sábados?... Mucho trabajo va a costarme, pero en fin, queriéndolo tú...

MATEO (A Inocencio.) (Nos ha arreglado, Inocencio.)

INOC. (A Mateo.) La castaña será contigo.

VAL. (Aparte.) ¡Pobrecillo! ¡Qué sacrificio se impone! (Se oyen los cascabeles de las mulas de un coche que se acerca.)

VAL. ¡Un coche!

MATEO (Mirando por la ventana.) El de la estación.

VAL. Ha parado aquí.

INOC. ¿Aquí?

ESCENA ULTIMA

DICHOS, LEONARDO, TOLITA, CRISANTO, MIRALLES, CARMENCITA, VICENTE y dos MOZOS

UN MOZO (Por el portón, con una maleta en cada mano.) Buenos tardes. (Deja las dos maletas y se va.)

VAL. ¿Qué es eso?

INOC. ¿Dos maletas?

MATEO ¿Esperaban ustedes algún forastero para las fiestas?

VAL. No, a nadie. ¿De quién son estas maletas? (Leyendo unas iniciales en las maletas.) Ele ge. No

sé. Anda, ¡Inocencio, vé a ver quién es. (Recordando.) Ele, ge, ele, ge...

INOC. Ele, ge...

OTRO MOZO (Por el portón, con un loro en una jaula y un perrito chihuahua debajo del braso.) A la paz de Dios. (Deja la jaula junto a las maletas y el perrito sobre una silla y se va.)

MATEO ¡Atiza!

INOC. Pero...

VAL. ¿Qué invasión es esta? ¿Qué quieren decir estas maletas? ¿Qué quiere decir este perro? ¿Qué quiere decir este loro?

EL LORO ¡Leonardo! ¡Leonardo!

VAL.
INOC. } ¡¡Leonardo!!
MATEO

MIR. (Por la primera puerta de la derecha.) ¿Me llaman ustedes?

LEO. (Dentro. Habla con marcadísimo acento americano.) ¿Dónde está ese gran amigaso de la infansia? Veinte años sin verle. Le voy a estrujar entre mis brazos.

INOC. Esa voz... Mateo, esa voz.., ¿De dónde sale esa voz?

VIC. (Por el portón.) Por aquí; pase usted por aquí.

LEO. (Por el portón.) ¡Inosensio, amigaso de la infansia, ven a mis brazos! ¿Qué hases ahí como un marmolillo? ¿No me reconoses? ¡Soy Leonardo!... ¡Tu gran amigo Leonardo!

INOC. ¡¡Tú!! ¡¡El!! ¡¡Leonardo!!... ¡¡Ah!! (Cae en los brazos de Mateo. Todo lo que sigue debe llevarse con la mayor rapidez posible.)

MATEO ¡El fin del mundo!

MIR. ¡Me abolló!

VIC. ¿Otro?

LEO. Se ha desmayado. La emoción ha sido muy fuerte. ¡Qué alegría! Reponte. Ven a mis brazos. Quiero abrasarte. Quiero abrasar a a todos. Tu familia es la mía. (A Valentina.) ¡Venga usted a mis brazos!

VAL. ¡No me da la gana! Yo no abrazo a nadie. ¡Ah, qué infamia! ¡Leonardo! (A Miralles.) Entonces usted... ¡Crisanto! ¡Crisanto!

MIR. (Huyendo.) ¡Que yo no me he metido en nada, señora...!

CRIS. ¿Qué pasa?

VAL. El engaño que tú sospechabas: Leonardo no es Leonardo.

CRIS. ¡Le mato!

LEO. Otro de la familia. Venga usted a mis brazos. (Le abraza y Crisanto le rechaza violentamente.)

CRIS. ¡Quítese usted de enmedio!

MIR. (Al verse perseguido por Crisanto.) ¡Don Crisanto, que yo no me he metido en nada! (Corre por la escena perseguido por Crisanto.)

LEO. ¡La alegría les ha vuelto locos a todos!

VAL. ¡Qué infamia! ¡Qué horror! ¡Me va a dar, me va a dar!

MIR. (Esquivando los golpes de Crisanto.) Al que le va a dar es a mí.

VAL. ¡Pronto! ¡Las sales! ¡El azahar! ¡La antiespasmódica!

CAR. (Por el foro izquierda.) ¿Qué es esto? ¡Ay, Dios mío! ¿Se ha muerto el señorito Leonardo?

LEO. ¡Caracolillo! ¿qué dice esta mujer?

INOC. (A Mateo.) ¿Hay ya muchas víctimas?

MATEO No me atrevo a mirar.

CRIS. (A Miralles.) No se esconda usted, sinvergüenza.

MIR. (Aquí hay que salir por piés.) (Corre hacia el foro.)

LEO. (Abrazando a Miralles.) ¡Venga usted a mis brazos!

MIR. (Dándole un empujón y saliendo corriendo por el portón.) No se interponga usted en mi camino, que llevo mucha prisa. (Se va y al salir tropieza con Tolita; Crisanto sale detrás de Miralles.)

TOL. ¿Pero dónde van esos hombres corriendo? ¿Qué es lo que sucede?

LEO. Otra de la familia. Venga usted a mis brazos. (Abraza a Tolita efusivamente. Ella se deja querer.)

MATEO (Que no puede desprenderse de la carga de Inocencio, desmayado en sus brazos.) ¡Eh! ¡Que esa no es de la familia! ¡Que es de la mía! ¡Que es mi mujer!

CRIS. (Trayendo cogido a Miralles,) Va usted a explicarnos quién es usted.

MIR. Yo no me he metido en nada; yo no sé nada. Pregúnteselo usted a don Mateo.

MATEO ¿A mí?... (Dirigiéndose a Crisanto y Valentina.) Es verdad. Basta de fingimientos. Este hombre era un falso Leonardo; tan falso, como el que ustedes se habían traído para vengarse de Inocencio y de mí.

VAL. ¡Cállese usted!...

LEO. Yo lamento haber producido este trastorno. Quise sorprenderles a ustedes.

VAL. ¡Y nos ha sorprendido usted!

INOC. ¡Ya lo creo que nos has sorprendido!... Valentina, perdóname; te prometo no hacer más viajes a Madrid. Nos dedicaremos a hacerle la vida agradable a mi amigo de la infancia, a mi amigo del alma, a mi querido amigo. Abrázale, Valentina.

VAL. ¿Con confianza? ¿No hay trampa?

INOC. Este es el auténtico.

VAL. (Abrazándole entre el regocijo de todos.) ¡Ché, amigo de la infansia, amigaso del alma!... (Telón rápido)

FIN DEL JUGUETE

Obras de los mismos autores

Los placeres de una siesta, revista en un acto.
La falda-pantalón, apropósito en un acto.
Bazar español, revista en un acto.
El caño gordo, entremés lírico.
La novia del torero, sainete en un acto.
El club de la alegría, revista en un acto.
La alegre Primavera, revista en un acto.
El marido ideal, juguete cómico en tres actos.
La loca ambición, novela escénica en un acto.
El brillante negro, episodio en medio acto.
Mi querido amigo, juguete cómico en dos actos.

Precio: 1,50 pesetas

50 POR 100 DE AUMENTO